

CEDI - P. I. B.
DATA 31/12/86
COD 91030

Musikern. Das gleiche tat er auch in italienischer Sprache, als die Italiener ihm eine Probe ihres Koennens darboten.

General De Paranhos Antunes, der diese Berichte mit guter Anmerkungen bereichert, fuehrt die Veroeffentlichung bis zum 31. Januar 1885, mit dem Versprechen fuers naechste Jahr den Rest einzuliefern

SUMARY

Princess Elisabeth, the heiress to the imperial throne of Brazil, maintains an almost daily correspondence with her parents, the emperor Dom Pedro II and the empress Theresa Christina, on her first journey to the Province of Rio Grande do Sul, in the extreme South. The letters cover the period between December 30, 1884 and March 31, 1885, less than five years before the fall of the imperial regime. During this excursion, Elisabeth's husband, the count d'Eu, commander in chief of the Brazilian army, spent most of his time with manoeuvres and inspections of caserns, whereas the princess preferred to take pleasant walks with her children in the capital Porto Alegre and to visit the farms and pastures of the cattle raisers. One of their trips led them to São Leopoldo, at the time a fourishing little town, which was the departing point of German colonization in 1824. They were highly impressed by the settlement. As one evening the princely couple received the homage of a serenade of German songs, the count thanked the singers and musicians in their Germann tongue. He did the same in Italian, when the Italian colonists gave him a proof of their skill.

General De Paranhos Antunes, who enriched these reports with footnotes, published them up to the date of January 31, 1885. He intends to edit the remaining part next year.

La Campaña de Jesús en el Antiguo Guairá (1585 — 1631)

Localización de Sus Trece Reducciones
por el P. Luis Gonzaga Jaeger, S. J.

SIGLAS de la Bibliografía citada en este trabajo:

- LOZANO:** P. Pedro Lozano, S. J. «Historia de la Conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán, con Notas y Suplementos por Andrés Lamas, Buenos Aires 1875, 5 volumes.
- CHARLEVOIX,** Historia del Paraguay, por el P. Pedro Fr. Javier de Charlevoix, anotada por Muriel y traducida por Pablo Hernández. Madrid 1912.
- CARDOZO:** Ramón I. Cardozo, El Guairá. Historia de la Antigua Provincia 1554-1676. Buenos Aires 1938.
- HERNANDEZ:** Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús, por el P. Pablo Hernández, 2 tomos Barcelona 1913.
- ESPASA:** Enciclopedia Universal Ilustrada, Barcelona.
- JAEGER:** Os três Mártires Rio-Grandenses, Porto Alegre 1952.
- IBIA:** O Herói do Ibia, por el P. Luis Gonzaga Jaeger, S. J. Porto Alegre 1943.
- ASTRIAN:** Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España por el P. Antonio Astrain, S. J., tomo IV, Madrid 1913.
- JARQUE:** Ruiz Montoya en Indias, 1608 — 1652, por el Dr. Francisco Jarque, Madrid 1900.
- PASTELLS:** Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay según los Documentos originales del Archivo General de Indias, extractados y anotados por el R. P. Pablo Pastells, S. J. Madrid 1912.

MONTOYA: Conquista Espiritual hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape, escrita por el P. Antonio Ruiz de Montoya, Bilbao 1892.

LEITE: Historia da Companhia de Jesus no Brasil, pelo P. Serafin Leite, S. J. 10 tomos.

CORTESÃO: Jesuítas e Bandeirantes no Guairá, 1594 — 1640, Introdução, Notas e Glossário por Jaime Cortesão, Rio 1951.

XIX y XX: Documentos para la Historia Argentina, tomo XIX y XX, Buenos Aires 1927 y 1929, Iglesia. Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, publicadas por el P. Carlos Leonhardt, S. J.

TAUNAY: História Geral das Bandeiras, por Afonso d'Escaragnole Taunay, São Paul. 11 volumes, 1924 - 1950.

1. Prólogo.

De 1589 a 1631 algunos Padres de la Compañía de Jesús, de diversas nacionalidades, escribieron páginas gloriosas en la Historia de la Iglesia, en el Continente Suramericano. Fué la cristianización del antiguo Guairá, en el hodierno Estado brasileño del Paraná, melodrama encantador, que vino a terminar, infelizmente, en la más bárbara tragedia.

El asunto es por tanto delicado una vez que el historiador tiene que relatar embates violentos entre Bandeirantes y Jesuítas, choques entre intereses económicos y expansionistas, contra ideales puramente civilizadores y religiosos, gozando ambas partes del favor de las banderas de dos naciones secularmente rivales.

Afortunadamente, el autor de la presente tesis, como brasileño nato, venera a la misma patria que los Paulistas, y, simultaneamente, como hijo de la Compañía de Jesús, es hermano de hábito de los misioneros guaireños. Además, el autor, no teniendo en sus venas sangre de los hijos de la Península Ibérica, y habiendo convivido largos años, tanto con portugueses, como con españoles, conoce a fondo sua índole étnica y sus características raciales, por la cual se juzga colocado en el fiel de la balanza para mantener el equilibrio de la verdad y atacar de frente, con entera imparcialidad la realidad objetiva.

Aduciremos hechos rigurosamente históricos y geográficos, pregonados por unos como dolorosos y reprobables, y por otros, entretanto, festejados como heroicos y gloriosos. La larga distancia de más de tres siglos que ya pasaron, y además, el actual espíritu de "buenas relaciones" y la fraternidad sur-americana que anima nuestras patrias, contribuirán para tornar la inquisición más imparcial y objetiva.

Facilita la tarea tan momentosa, la opulenta documentación abierta hoy a los estudiosos, tanto de la parte Jesuítica, como de los Bandeirantes. Súmase a esto el conocimiento vivido y examinado de la geografía del marco donde se relizaron tales hechos, por

el autor que escribe estas líneas. El inspeccionó "in loco" los propios palcos donde se repretaron, durante cuatro decenios, 1589-1631, las emocionantes escenas que vamos a describir, aunque sea resumidamente.

Fué nuestra intención examinar personalmente todas las localidades, especialmente las trece reducciones, o aldeamientos, fundados en esa época por los hijos de la Compañía en el Guairá, destruidas violentamente, o abandonadas ante la furia de los invasores. Lo conseguimos en Enero y Febrero de 1952, sólo parcialmente, porque algunos de los puntos visados aún, se encuentran en lugares de difícil acceso, sumergidos en la maleza de la floresta, donde era imposible llegar sin buenos guías y grandes pertrechos de exploración. El nupérrimo mapa del Estado de Paraná, publicado ahora, en 1953, en la administración del Gobernador, Exm.º Sr. Dr. Bento Muñoz da Rocha Netto, nos mereció la máxima atención. Entre tanto la parte histórica, esa está abierta al público lector.

Aprovechamos este momento para expresar, aquí, nuestra sincera gratitud a los que nos ayudaron poderosamente en las pesquisas geográficas, nominalmente al Dr. José Loureiro Fernandes, de parte del Museo Paranense, e al Dr. Fernando Correia de Azevedo, de parte de la Secretaría de Educación y Cultura.

Observamos a los lectores que la presente tesis es sólomente el resumen de un libro de mayor envergadura que pretendemos escribir en época oportuna.

Pretendemos, aquí, principalmente la ubicación geográfica de las poblaciones cristianizadas en el viejo Guairá.

El Autor.

2. El Guairá.

Antes de entrar en el asunto, es menester esclarecer la grafía y pronunciación de la palabra que encabeza este capítulo.

La literatura española, con raras excepciones, escribe Guayra o Guairá, con acento tónico en la sílaba final. Entre los brasileños no hay uniformidad: oímos proferir Guairá, Guaira e también Guáira. Durante largos años grafaban los portugueses y brasileños Guairá, hasta que, hace un par de años, la Comisión de Límites del Ministerio del Exterior, no sabemos porque razón, prescribió la adopción de Guáira. Entre tanto, como lá única aceptable, por fundarse en la tradición y en la filología, consagradas aun recientemente por escritores modernísimos de la talla de Alfonso Taunay, Serafin Leite, Jaime Cortesão, Silveira Neto, José Honório Rodrigues y otros, adoptamos la de Guairá.

Guairá era el nombre de un poderoso cacique de una tribu guaraní que habitaba en las inmediaciones del Grande Salto, llamado

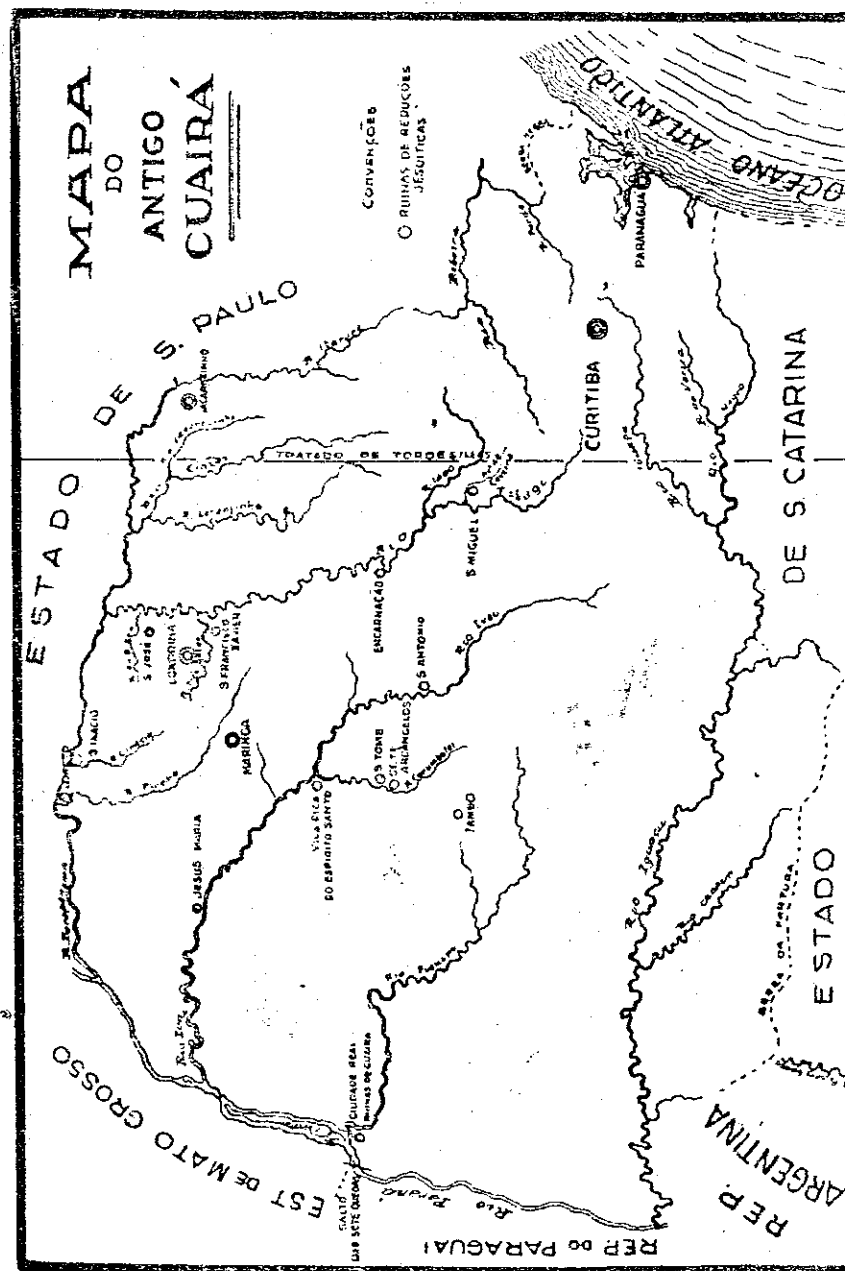
de las "Siete Caídas". Esas caídas, o torrentes, en la realidad son dieciocho erosiones abiertas, en muchos milenios, por las aguas del imponente río Paraná, al arrojar sus aguas por un paredón de basalto de tres kilómetros de extensión y de 40 a 60 metros de altura. (Ver Lozano, I, 76; — Cardozo, 14 y 28; — Gay, Notas, in fine, nota XVIII; — Silveira Netto, *Do Guairá aos Saltos do Iguassú*, 109 ss; — Ten. Cel. Lima Figueiredo, *Cidades e Sertões*, p. 170; — Julio Nogueira, *Do Rio ao Iguassú e ao Guairá*, p. 121 ss; — Dr. Manuel Carrão, *Impressões de Viagem à Foz do Iguassú e Rio Paraná*, p. 67 ss; — Domingos Nascimento, *Pela Fronteira, Paraná*, p. 105 ss).

Filológicamente, "Guairá" quiere decir en guaraní "región de gente moza", de *guai*=mozo y *rá*=lugar. Esto es, "tierra de juventud". O también, de *guai*=palo para moler la hierba (*ilex paraguariensis*). (Jover Peralta, p. 203). Plínio Ayrosa enseña que Guairá viene a ser "o lugar intransponível" ("Primeiras noções de tupi"). São Paulo, 1933, 146.

Geográficamente, según todas las referencias históricas de la época, era el antiguo Guairá aquella vasta zona de 400 km de extensión en ambas direcciones, que se dilata entre las márgenes izquierdas del Itararé, Paranapanema y Paraná, y a la derecha del Iguasú, en el "hinterland" del estado brasileño del Paraná. Como se puede verificar por el mapa, toda esa región caía primitivamente en la esfera de la parcela que tocaba a España, en virtud de la línea trazada por el Tratado de Tordesillas.

Los defensores de los intereses españoles alegan que el Guairá debía pertenecerles, por razón de los naufragos de la expedición de Solís haber sido los primeros en ocupar esas tierras, 1516; como también por Alejo García, a servicio de España en 1524, haber abierto el camino por el Guairá, ruta confirmada por el 2.º Adelantado del Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien tomó pose, 1541, de las extensas tierras por él atravesadas entre el Atlántico y el río Paraná; al Norte del Iguasú, procediendo a la ocupación de esas tierras en nombre del Rey de España, llamándolas "Provincias de Vera" (Cardozo, 13, 33-37). Y como posteriormente los españoles, como se dirá mas adelante, fueron los primeros ocupantes del Guairá, ellos se juzgaban con el derecho líquido de estar en la posesión de esa región, sujetándola a los Reyes Católicos. (Hernández, I, 5.) Mas hubo aún otros expedicionarios castellanos que por el Guairá entraron en el Paraguay, o de él salieron para el mar.

Esa inmensa región, cubierta en tiempos pasados por espesos matorrales vírgenes, salvo el centro, donde había campos nativos, fué ocupada en la segunda mitad del siglo 16 por los españoles, en la opinión del paranaense Romario Martins, con el manifiesto pro-



pósito de cortar el paso al avance portugués, y también con el fin de abrir un camino más breve entre el Paraguay y el Atlántico. (La-fuente Machain, "El Gobernador D. Martínez de Irala", XIX, 261; XX, 279).

Cierta vez recibía el general Domingo Martínez de Irala, gobernador del Paraguay, una legación de varios caciques del Guairá, que le solicitaban un auxilio contra las invasiones de la parte de los tupíes, favorecidos por los mamelucos de San Pablo, cazadores de esclavos indígenas. Alegaban que éstos se habían puesto en otro tiempo bajo la tutela de los españoles.

Partió personalmente Irala, con una buena escolta de españoles e indios amigos. Por todo el trayecto los guaraníes le recibieron con señales de regocijo. Engrosada la fuerza con indígenas guaireños subieron por el río hasta la embocadura del Añembí (Tieté). Aunque la gente de Irala con sus armas de fuego causase sensibles bajas en los tupíes, éstos, con hombres siempre de refresco, mantenían a los invasores marcando el paso. Solamente haciendo una habil maniobra fué que Irala consiguió quebrar la resistencia de los enemigos y desbaratarlos. Se siguió luego el saqueo del principal poblado tupí, permitido a los indios amigos. Pidieron la paz los vencidos, que les fué concedida bajo la promesa de abstenerse en el futuro de molestar a los habitantes del Guairá. Después de esto, tocaron a retirada hasta el río Piquirí, donde volvieron para Asunción. (Lozano, III, 9-15; — Charlevoix, I, 212).

Irala, llevado por la experiencia recogida en esa expedición, resolvió ocupar el Guairá por medio de un poblado, y eso por dos razones: la primera por ser aquel el camino más indicado para el litoral del Brasil, por donde era forzoso tener comunicación con el mar ya que en el estuario del Plata, nada se había hecho hasta entonces. El segundo motivo era el de refrenar mejor la licenciosidad con que los mamelucos del Brasil entraban en esas regiones para cautivar indios pertenecientes a la Corona de Castilla, con increíble deshumanidad, vendiéndolos esclavos. (Lozano, III, 14).

Por estas razones destacó para allí al capitán García Rodríguez de Vergara, en 1554, con 60 soldados armados. Con la anuencia de los naturales de la tierra, a una legua arriba del gran Salto del Paraná, fijáronse en un poblado denominado Canideyú, en una región muy habitada. Llamaron al lugar *Villa de Ontiveros*, en homenaje a la ciudad natal del fundador, español. Mas en breve, la soldadesca europea se amotinó, negando obediencia a Irala.

Charlevoix (I, 213) dice que Ontiveros fué fundada en la margen derecha del Paraná, a una legua abajo del Salto Grande, en el actual Paraguay. Mas juzgamos que el autor se equivoca.

Habiendo recibido nueva provisión de armas y municiones, envió en 1556 a Nuflo de Chaves para castigar las nuevas insolencias

de los tupíes paulistas contra los habitantes del Guairá. Avanzó hasta el Tibajiba, afluente de la margen izquierda del Paranapanema, donde los naturales ya habían levantado fuertes empalizadas contra los tupíes. Retrocedió hasta los Piñales, donde puso freno a los tupíes. Allí, sin embargo, los indios, engañados por un hechicero, atacaron a Chaves, el cual consiguió escapar de sus manos, repeliendo a los atacantes, gracias al lugar ventajoso en que se encontraba. Recogióse Chaves a Asunción con algunos caciques como rehenes. (Cardozo, 45-46).

Con el beneplácito del Obispo de Paraguay, Irala resolvió fundar dos nuevas poblaciones. La primera en el Guairá, cerca del río Paraná, agregándose a ella la poca gente que contaba la Villa de Ontiveros; y la segunda en la provincia de los Jaraies, a 300 leguas de Asunción; esta para facilitar la comunicación con el Perú. (Lozano, III, 36).

3. Fundación de Ciudad Real

Confió Irala esa importante empresa al Capitán Ruy Díaz de Melgarejo, que escogió en 1557 un punto que le pareció conveniente, a tres leguas más arriba de Ontiveros, villa que tuvo que ser desamparada de nuevo en virtud de su insalubridad. Reunidos los habitantes de Ontiveros con los de la nueva localidad, le dieron el altisonante nombre de *Ciudad Real*, sobre la margen izquierda del Paraná, junto a la desembocadura del Piquirí, en sitio cálido. Aunque los habitantes españoles de Ciudad Real no pasasen de cincuenta, un censo de los indígenas acusó el increíble número de cuarenta mil hogares, que corresponde a cerca de 200.000 naturales de la tierra. Advierte, sin embargo, Lozano que, en consecuencia del abuso abominable de los encomenderos españoles, fueron disminuyendo espantosamente, llegando sus moradores a la extrema miseria en pocos años. (Lozano, III, 36 y 37). — Hernández I, 5). — A pesar del clima de Ciudad Real ser canicular, ofrecía grandes ventajas: la pesca, y sobre todo la caza abundante. No obstante la natural indolencia de los guaraníes, consiguieron coger buena cantidad de grano, legumbres, algodón, azúcar, y hasta uvas. (Charlevoix, I, 221; — Cardozo, 48).

La localización que dan al Guairá o Ciudad Real los mapas paranaenses de 1922, 1948 y 1953 está de acuerdo con los datos que nos legó la historia.

4. Fundación de Villa Rica del Espíritu Santo (1570)

Conforme Lozano (III, 207) fué en 1576 que se dió ese acontecimiento. Más probable es que ya en 1570 (Cardozo, 49) Juan

de Garay, gobernador de la provincia del Paraguay, incumbió al mismo Ruy Díaz de Melgarejo, dándoles la fuerza de 40 soldados y algunos indios, de procurar un sitio conveniente para un nuevo poblado en el alto Guairá.

Efectivamente, aliciado por la fama de la existencia de oro y plata en el centro de la provincia del Guairá, partió Melgarejo en Febrero de 1570, con sus 40 hombres y 53 caballos de Ciudad Real rumbo al este. Con enorme dificultad atravesó la selva virgen y las serranías hasta conseguir la tierra del cacique Coracibera, distante 60 leguas de Ciudad Real, un campo raso, lugar fértil y alto, y bien poblado de indígenas. Le dieron el nombre de "Villa Rica" con la esperanza de descubrir ricas minas de metales preciosos, y del "Espíritu Santo" en conmemoración de la fiesta que la Iglesia estaba celebrando. (Cardozo, 50 y 51).

Al principio todo corría a maravilla, aunque la ciudad no pasase de 150 españoles. Estos, sin embargo, inducidos poco a poco por la malhadada codicia de tener esclavos indígenas, a los que cautivaban inicuamente, los dominadores europeos hicieron pacto secreto con los mamelucos del Brasil por el lucro nefando de la venta de los indios. No tardó el justo castigo. Los propios banderantes, comparsas de sus maldades, no sólo les quitaron los esclavos cautivos, mas les asolaron, en 1632, ambos centros de Ciudad Real y Villa Rica. De los moradores blancos, unos se pasaron para el lado paulista, otros, la mayoría, se retiraron para otro paraje, en compañía del Obispo del Paraguay, D. Cristobal de Aresti, que estaba entonces de visita pastoral en el Guairá. (Lozano, III, 207 a 209).

Villa Rica era un excelente punto estratégico, en la margen izquierda del Huybay (Ivaí), junto a la desembocadura de su afluente Corumbataí. Melgarejo mandó edificar una iglesia y levantar una cruz al lado. Seguidamente, construyó un fuerte de 260 pies de largo por 30 de ancho, (cerca de 80 x 10 metros). Debía servir de refugio y defensa de su gente. Para lo cual requirió del Paraguay la presencia de un sacerdote y la remesa de municiones de que tenía mucha falta.

Verificó Melgarejo que ese lugar ya había sido atravesado por Núñez Cabeza de Vaca y otros expedicionarios castellanos que habían demandado en los últimos decenios el Paraguay.

En su optimismo, calculó el fundador de la Villa Rica que el mineral precioso sería buen remedio para satisfacer la ganancia y descontento de los blancos de la colonia. Fuera del cuarzo y amatistas, únicas pedrerías de algún valor de aquella zona, fué el hierro que Melgarejo llegó a fundir él personalmente, con lo que fabricó instrumentos de innegable valor.

Los mencionados mapas del Paraná están de acuerdo con los datos históricos en lo referente a la situación geográfica de Villa Rica del Espíritu Santo.

5. Entra en el Guairá la Compañía de Jesús (1589)

Con el laudable intuito de remediar la clamorosa falta de clero que encontró D. Fray Francisco Vitoria, dominico portugués, al tomar cuenta del obispado de Tucumán, en la Argentina, dirigió simultaneamente dos pedidos insistentes a los Provinciales de la Compañía de Jesús en el Brasil y en el Perú, animado por la fama de celo y de las conquistas espirituales de los Jesuítas en esos países. (Charlevoix, I, 306 ss.; — Espasa 41, 1245).

El primero en atender esa solicitud, fué el Perú, por quedar más próximo. El P. Anchieta, Provincial del Brasil, pasó el pedido del Obispo de Tucumán a las manos del P. Cristobal de Gouveia, Visitador entonces de la Provincia del Brasil, que destacó cinco Padres para el Río de la Plata. (Jaeger, Os três Mártires Rio-Grandenses, 37). Después de sufrimientos innominables, arribaron a Buenos Aires, en la mayor de las miserias. Sin demora partieron para Córdoba. Mas encontrando ya el campo ocupado, año y medio antes, por Jesuítas del Perú, dos de ellos, el P. Leonardo Arminio, napolitano, y el P. Esteban da Gran, portugués, pareciéndoles que venían a meter la hoz en tierra ajena, después de obtenido el beneplácito de los Superiores, desandaron el camino. Parece que el propio Rey Felipe II, a pesar de la unión de las dos coronas de Portugal y Castilla, desde 1580-1640, no deseaba que se fundiesen las empresas misioneras de españoles y lusitanos.

Entre tanto los otros tres Padres, Juan Saloni, catalán, Tomás Filds, irlandés, y Manuel Ortega, portugués, cogiendo afición a la tierra de su nuevo apostolado y ya peritos en la lengua tupí, comprendida por los guaraníes, obtenida la licencia para permanecer, prosiguieron satisfechos hasta la Asunción, donde entraron el día 11 de Agosto de 1588. Fueron recibidos festivamente de parte del Gobernador y de toda la población paraguaya.

Como discípulos aprovechados de Nóbrega y Anchieta, lanzáronse inmediatamente a la reforma espiritual de la Capital de la Provincia, misionando infatigablemente durante tres meses. El resultado no podía ser más halagüeño. Extendieron su radio de acción para las haciendas y poblados de la comarca, hasta que les separó la voz de la obediencia. Los Padres Ortega y Filds fueron destinados al Guairá, a principios de 1589, mientras que Saloni, hombre más letrado y menos resistente de salud, permaneció en Asunción, haciéndose todo para todos. (Astrain, IV, 611-615).

Habiendo navegado ya durante 30 a 40 días por el Paraguay

arriba, entraron finalmente por el Jejuy, su afluente de la margen izquierda, subiendo hasta el puerto de Maracayú, el más afamado emporio de hierba mate de la época. Desembarcando, continuaron a pié en dirección oriental. A fin de no perder tiempo, comenzaron luego a catequizar, viniendo a regenerar con las aguas bautismales más de mil gentiles y legitimando el matrimonio de cuatrocientos.

Era este el trecho de camino el más exhaustivo, de 6 a 8 días, al través de zona pantanosa, donde se alagaban los caminantes con los animales, si es que los tenían, y en el verano pasaban una sed cruciante, a falta de agua. (Jarque, tomo I, 216-217).

Vino a su encuentro el alguacil-principal del Guairá, que les traía vituallas y cartas honrosas de la autoridad local, exhortándoles a que acelerasen el viaje para Ciudad Real. Embarcando en canoas, arriba del Salto del Guairá o de las Siete Caidas, de cuya grandiosidad hacen numerosas referencias las antiguas crónicas de los Jesuítas, alcanzaron la Ciudad del Guairá a 24 de Junio de 1589. Recibidos con manifiesta satisfacción por el pueblo guaireño, iniciaron desde luego su apostolado en la población que desde largos años no había visto más sacerdotes. Como fácilmente se comprende, la mayoría, de cristianos, apenas conservaban el nombre. Acabado un mes de intenso celo, las costumbres estaban reformadas. (Pastells, I, 79).

A seguir continuaron su ruta hasta Villa Rica del Espíritu Santo, donde encontraron idénticas necesidades espirituales, que fueron igualmente remediadas en breve tiempo.

Sólo entonces volvieron sus atenciones para el objeto principal de su venida al Guairá, que era la conversión de los guaraníes, errantes por los bosques y las sierras. (Charlevoix, I, 333). Fué tan maravillosa la aceptación de los misioneros entre los selvícolas, que pudieron afirmar que unos doscientos mil indígenas estaban aparejados para el reino de Dios. Es que la aparición de esos extraordinarios "Pay-Abarés", o sea "hombres castos, apartados del comercio carnal con mujeres, diferentes de los demás", — entusiasmó los corazones de los simples hijos de la selva. No admira, pues así comprendieron lo que les había predicado el Apostol Santo Tomás, — El Pay Tumé, o Pay Zumé, — conforme una antiquísima tradición generalizada entre los amerindios de nuestro Continente. (Montoya, 94 ss.; — Lozano, I, 449 ss.).

A fin del mismo año 1589, el P. Saloni imploró auxilio de los compañeros guaireños para que atendiesen a los apestados que morían de una molestia que irrompió en Cartagena, y que corría por toda América Meridional, victimando innumerables personas. Acudieron presurosos haciendo los tres Jesuítas de médicos corporales y espirituales, hasta quebrar la furia del mal. Arrancaron de la muerte temporal a más de 1500 paganos "in articulo mortis". (Pastells,

I, 80). Mas habiendo surgido la misma epidemia con ferocidad en el Guairá, retornaron para allá apresuradamente. Su intervención fué sumamente provechosa tanto en lo material como en lo espiritual.

Después dividieron el trabajo: el P. Filds se dedicó preferentemente al cuidado de los europeos, que carecían de toda asistencia. El P. Ortega escogió la tierra de los ibirayaras, a 30 leguas al Sur de Villa Rica, que estanciaban, a nuestro juicio, para el lado del alto Iguacú. "Ibirayara" significa "señor o dueño del palo o del garrote". Esos indígenas mal afamados por su ferocidad y antropofagia, amigos en otro tiempo de los españoles, estaban, en la época de la llegada del P. Ortega, alzados contra los de Villa Rica. Disponían de diez mil guerreros.

El misionero aprendió el idioma ibirayara, bautizó 2.800, casó 1.400 y confesó algunos que verificó estaban bautizados por los franciscanos que por allí transitaban con los primeros expedicionarios castellanos. Cobraron grande amor al misionero, y tanto que, en atención a él, trescientos vinieron a establecerse en las cercanías de Villa Rica, conforme escribe él propio. (Pastells, I, 81).

Diversas autoridades civiles del Paraguay, en provisiones de 1594, 95 y 96, se hicieron lenguas del inmenso servicio que esos Padres de la Compañía del nombre de Jesús prestaron en la catequesis, doctrina cristiana y administración de los Sacramentos tanto a los naturales como a los hijos e hijas de los conquistadores y pobladores de toda esta *Gobernación*". (S. Leite, I, 354). Siendo tan estimados por todos, la viuda del cacique Melchio, las autoridades y el pueblo de la Villa Rica, les concedieron tierras y les edificaron en la misma localidad, casa y una iglesia de tres naves, dedicada a S. Juan Bautista, donde residieron desde 1593 a 1599. (Pastells, I, 81); Cortesão, 117 ss.)

En Enero de 1595 tuvieron la grata visita del viejo compañero P. Saloni, quien, en nombre del nuevo Superior, P. Juan Romero, les venía a anunciar un jubileo. Continuaron Filds y Ortega con ardiente celo atendiendo a toda la redondez, extendiendo el radio de su acción hasta Santiago de Jeréz, en el actual estado de Mato Grosso, distante más de 200 leguas.

Habiendo conseguido nombramiento de párrocos propios para Ciudad Real y Villa Rica en 1599, tuvieron orden de recogerse para el Paraguay, donde, aunque con las fuerzas quebradas, todavía prestaron relevantes servicios.

Filds, rico en méritos, falleció en santa ancianidad en Asunción en el año 1625, al paso que el buen Ortega tuvo que cargar aún dos cruces pesadísimas. Fué la primera una herida que ganó en una gran crecida del río al atender, a nado, a un moribundo, cuando un horrible espino le atravesó la pierna, herida de la que nunca se restableció, y de la cual vino a fallecer. La segunda cruz fué una ca-

lumnia que le levantó una persona de Villa Rica, acusándole falsamente de haber violado el sagrado sigilo de la confesión. Conducido por eso a Lima, estuvo preso, con estupor de toda la población, en rigurosa reclusión, suspenso de los ministerios sacerdotales, a las órdenes de la Inquisición, durante cinco largos meses. Después le permitieron transferir la prisión para el colegio de S. Pablo, en Lima. Afortunadamente, el calumniador y delator confesó arrepentido, antes de morir, la falsedad de la acusación. Llamó a un notario público de Villa Rica, que redujo a auto las declaraciones del penitente. Llegando este documento a la Capital del Perú, donde aún residía penitenciado el P. Ortega, este fué llevado al Tribunal de la Inquisición y declarado libre. Al volver, de carruaje, con el rector del colegio, el pueblo limense, que supo la novedad, ovacionó efusivamente por las calles de la ciudad al inocente sacerdote portugués. (Pastells, I, 223). Mas no retornó al Guairá, yendo a trabajar entre los chiriguanos, con el fervor habitual. Murió en 21 de Octubre de 1622, en el colegio de Chuquisaca, hoy Sucre, con la merecida fama de haber sido uno de los "heróes de América". (Leite, I, 358).

6 — Fundación de Loreto (1610).

Después de un intervalo de diez años, la Compañía de Jesús tornó a interesarse vivamente por la suerte espiritual del Guairá, donde los Padres Fílds y Ortega, que aún vivían, habían dejado una simiente maravillosa de doctrina y de buen ejemplo. Vino al encuentro de este deseo un pedido formal de Hernando Arias de Saavedra, o Hernadarias, tres veces Gobernador del Paraguay, amigo de los Jesuítas, en que solicitaba una nueva remesa de misioneros para las márgenes del alto río Paraná. Con efecto, el dinámico P. Diego de Torres, Provincial del Paraguay, destacó para allí a los Padres José Cataldino y Simón Maseta (o Maceta), ambos italianos y excelentes religiosos. (Pastells, I, 233).

Partiendo de Asunción, en 1610, llegaron a Ciudad Real, en seis o siete semanas de penoso viajar, donde ejercieron el sagrado ministerio. Siguiendo después el camino, alcanzaron Villa Rica del Espíritu Santo, aproximadamente en ocho días de navegación fluvial por el Paraná y el Huybay, donde adolecieron gravemente, sin tener médico y remedio. (XIX, 87). Por un tris no sucumbieron. Encontraron en la Villa un sacerdote que no vivía su santa vocación. Habiendo atendido debidamente a los europeos, se dedicaron intensamente a la conversión de los gentiles, motivo primordial por el cual habían venido.

En una carta anua de 1609 decía el P. Diego de Torres: Villa Rica tiene cien vecinos casados; a la redonda hay más de cien mil

indios tributarios, sin (contar) las mujeres ni los niños, ni los viejos. Son labradores, viven en pueblos de los cuales unos tendrán mil vecinos, otros más otros menos. Están apartados unos pueblos de otros a legua, a dos leguas, a quatro leguas y aquel el que más a diez leguas, hablando todos una misma lengua que es el guaraní. Anduvo entre ellos el Padre Ortega, y bautizó más de 22 mil indios, y dice que pudiera haberlos bautizado a todos si tuviera quien le ayudara, porque era grande el amor que le tenían. Es gente que no hace mal a nadie si no les hacen a ellos. Pero es gente muy valiente y muy amiga de sacerdotes; gente muy caritativa, principalmente con los extranjeros, tanto que si un pasajeño viene de fuera y se aloja en una parte despoblada, todos le llevan regalos de los que ellos tienen con grande amor. Andan desnudados, pero dicen que se visten en mandándoselo. Tienen mucho pescado, muchas antas, muchos venados, muchos cuervos, mucha cantidad de pájaros, cogen mucho maiz y otras legumbres (XIX, 16, 17). En la región había mucha gente refugiada, venida de S. Pablo, fugitivos de las cazadas bandeirantes a los ameríndios.

La Providencia guió a los Padres Cataldino y Maseta para el río Paranapané, el "río desdichado y sin ventura" (según Montoya), hoy denominado Paranapanema, que hace la división entre los Estados de S. Pablo y Paraná. Según una carta del P. Torres, dirigida poco más tarde al P. General de la Orden, había en la región unas 400.000 almas, sin sacerdote. Prestando valiosos servicios como intérprete, acompañaba a los Jesuítas el P. Rodrigo Melgarejo, nacido en el Paraguay, hijo del fundador de Ciudad Real, Villa Rica y Santiago de Jerez. Estaba con deseos de ser de la Compañía de Jesús, deseo que más tarde vió realizado. (Leite, I, 335).

Bajando primeramente por el río Ivay, enveredaron después por el Paraná y el Paranapanema arriba. Estaba éste con las aguas entumecidas por una crecida. Pasados 10 ú 11 días de laboriosa navegación sin encontrar poblados, toparan por fin con uno de unas 200 almas, un barranco, a la magen izquierda del Paranapanema, junto a la margen derecha de la ría del Pirapó.

Distribuyendo los Padres algunas niñerías, como peines, agujas, alfileres, flautas y otros juguetes, conquistaron facilmente las simpatías de los moradores. Agradándoles el lugar, los padres levantaron allí una iglesita que titularon "Nuestra Señora de Loreto". Permanecieron por allí varios días. (XIX, 43).

Vino con los padres un español, "para servir a los misioneros", como alegaba. Con el fin de reunir más gente en un punto fijo, descubrieron los padres y el español por los alrededores, donde descubrieron unas 25 aldehuelas y algunos pobladillos, todos juntos suficientes para una gran reducción. Manifestaron los sacerdotes a

los selvícolas el motivo de su presencia, que era de hacerlos hijos de Dios y de librarlos de la esclavitud del demonio.

Entre tanto, el español hacía un papel reprobable, poniendo en riesgo la obra evangélica de los Jesuítas. Por detrás, iba cambiando las ropas, ahora por un indiecito, luego por una indígena, cuidando de decir que lo hacía por orden de los Padres. Cuando estos descubrieron la negociata, ya el traficante se había sumido, dejando en el ánimo simple de los salvajes una impresón perjudicial. (Montoya, 32-33; — Taunay, I, 326).

El autor de este trabajo visitó personalmente el lugar de Loreto a cuatro de Febrero de 1952 y verificó con agradable sorpresa que el nombre se conserva intacto como lo aseveró el "celador de las ruinas", de mote "Bahiano", confirmado también por los mapas de 1922, 48 y 53. Contónos el Bahiano que no hacía mucho tiempo que un ladrón se llevara las últimas 150 tejas de arcilla, del tiempo de los Jesuítas. Fuera de la magnífica situación de Loreto, quedan sólo numerosas ruinas, restos de ladrillos, cascós de tejas y algunos restos de los fundamentos. Acaso fuésemos nosotros el primer jesuíta que visitaba Loreto después de 321 años, esto es, desde 1631.

7. Fundación de San Ignacio (1610 a 1611)

San Ignacio de Ypaumbucu o simplemente Paumbucu, fué fundada por los Padres Cataldino y Maseta sobre la misma playa izquierda del Paranapanema, cerca de 30 Km. arriba de Loreto, via fluvial, o sea 4 leguas españolas, o un día de jornada, como rezan las viejas descripciones hechas por los misioneros. Tornóse esta reducción la más populosa de todas las 13 que los Jesuítas fundaron en el Guairá hasta el gran éxodo de 1631, llegando a numerar 6.000 habitantes. La posición geográfica no podía ser mejor escogida en aquella lejana región: un barranco elevado en la margen del imponente río; luego al lado la ribera de San Ignacio, enfrente a la isla de San Ignacio, en medio del Paranapanema, a 11 km. de la actual Villa de San Ignacio, sede del municipio del mismo nombre, algunos km. abajo del puerto de San Ignacio, que da paso en poderosa barca para la ciudad paulista de Presidente Prudente. Hasta el día de hoy se conservó y hasta se amplió en nombre del Fundador de la Compañía de Jesús en aquella bendita tierra.

En una Carta Anua del 13 de Agosto de 1637, remitida por el Provincial Diego de Boroa al P. General de la Compañía, refiriéndose a Loreto y S. Ignacio, decía: "Entre las trece florecientes reducciones del Guairá, eran estas dos las más antiguas y las más importantes. Tenían sus templos, que eran los más elegantes de todo el Paraguay, tanto de las poblaciones indias como de las ciudades españolas. En las dos iglesias había un ábside triple, con el res-

pectivo altar y retablo pintado. Existían a ambos lados de la nave central una fila de columnas con el pedestal y capitel, con el pórtico y toda la clase de ornamentos bien cincelados. Detrás de ellas, recostados sobre las paredes, había confesonarios del mismo estílo artístico, con su correspondiente distancia entre sí. Toda la obra estaba construida de madera de cedro. No faltaban pilas bautismales, tabernáculo, bancos y demás mobiliario necesario, todo bien labrado según el estílo armonioso. Los pueblos estaban dispuestos en forma cuadrada con las calles rectas e iguales, las casas cómodas y elegantes. Cada una tenía el patio con sus jaulas de gallinas, gansos y otras aves domésticas. Los campos rendían riquísimas cosechas de diferentes clases de cereales y de algodón, tanto que los indios mantenían un verdadero comercio de tejidos, vistiendo al mismo tiempo de limosna a todos los viandantes desnudos, indios y europeos. Además se veían en los altozanos, manadas de ovejas y cabras, y en los corrales, ganados como vacas y mulas. Todo regado por ríos y riachuelos, ricos en peces. (XX, 325 a 326). El mencionado templo era obra del habilidoso P. Cataldino y descansaba, a juzgar por los restos, sobre sólidos fundamentos de albañilería.

En sua extensa Carta Anua de 8 de Abril de 1614 (XIX, 324) escribe el P. Diego de Torres a respecto de la fertilidad de S. Ignacio: "que el cacique Miguel Atiuaie, aunque fuese un sujeto inquieto e incómodo a los misioneros, era insigne agricultor que tenía sus almacenes repletos de provisiones" (indefessus agricola frugum plena habet horrea).

Durante algun tiempo estuvieron agregados a Loreto y S. Ignacio dos poblados situados a la orilla opuesta del Paranapanema, denominados Roquillo y Tamarca. Por lo visto, sus moradores se pasaron a morar al lado izquierdo, para no tener que atravesar tantas veces el caudaloso río, y también para engrosar los habitantes de Loreto y S. Ignacio. Desde 1614 no vuelven a aparecer en los relatos. (Cortésão, 152 y 443).

Visitando el autor de este escrito la antigua S. Ignacio, a 3 de Febrero de 1952, en compañía de Padilla, viejo celador de las ruinas, que desde más de 30 años atendía con cariño la conservación de los restos del lugar, nos dijo que cuando vino a tomar cuenta de su cargo, allá por 1920, aún encontró más de treinta fundamentos de piedra de construcción. Pero después, sobretudo en los últimos años, los intrusos nordestinos, fugitivos de las sequías, en la manía de descubrir los "tesoros que los Padres Jesuítas con certeza dejarían en las ruinas", revolvieron con piquetas la mayoría de los fundamentos, casi no dejando piedra sobre piedra.

La situación geográfica que los mapas del Paraná dan a S. Ignacio está con un pequeño desliz en las cartas de 1948 y 1953, donde las ruinas aparecen en la margen derecha de la ribera San-

Ignacio; cuando en la realidad se encuentran a la izquierda, como marcaba bien el de 1922.

A mediados de 1631 los moradores de Loreto y S. Ignacio, más de doce mil, ante la inminencia de una nueva investida bandeirante, abandonaron en precipitada fuga sus lindas residencias, con todos sus haberes muebles, río Paranapanema y Paraná abajo en 700 canoas y numerosas barcas.

Procuraron el sur del Paraguay, éxodo desastroso en que perecieron por las enfermedades, hambres y fieras, dos tercios de la población emigrante. (Montoya, 152, ss.; — Taunay, I, 143 ss.; Ibia, 29 ss.).

8. Nuevo refuerzo de Misioneros (1612).

En los primeros tiempos, los Padres Cataldino y Maseta lucharon solos en aquellas regiones, sintiendo los efectos más crueles de la pobreza, sin desanimar, ni aflojar un punto en la gloriosa empresa de llevar la luz de la verdad a los corazones de aquellos paganos. Pero en 1612 tuvieron el más apreciable refuerzo en las personas de dos insignes cooperadores, los Padres Antonio Ruiz de Montoya y Martín Urtasún. El primero vino a tornarse, durante los veinte años que permaneció en el Guairá, el más ardoroso misionero de aquella región, ya por su extraordinaria capacidad, ya por su sublime santidad. Ruiz de Montoya vió la luz del mundo en Lima en el año 1585 y falleció en 11 de Abril de 1652. Los cronistas antiguos se hacen lenguas de su benemerencia en la conversión y civilización de los guaraníes. (Pastells, I, 233, nota 1). Al pisar el Guairá contaba 27 años. En los momentos libres fué componiendo las famosas obras, aún hoy clásicas: Arte de la Lengua Guarany; Vocabulario de la Lengua Guarany; Tesoro de la Lengua Guarany; Catecismo de la Lengua Guarany; ya un tanto anticuados. Y también el precioso librito "Conquista Espiritual" mencionado en el principio de este trabajo, por el cual se puede seguir paso a paso el desenvolvimiento de las reducciones del Guairá desde su fundación hasta la ruina, de todo ello fué el P. Montoya testigo ocular". (Espasa, 41, p. 1248).

El P. Martín de Urtasún, español, y pariente de S. Francisco Javier, vino de Europa en 1610. Nacido en la abundancia, llegó a perecer en el Guairá de hambre y miseria en su incansable apostolado. (Pastells, I, 159-160, 175 y 225).

Al llegar a la misión de Loreto salió a recibirlos el P. Cataldino. Se vieron y se abrazaron con grande alegría. Llevando sus huéspedes a su morada, Cataldino los regaló con la mayor delicadeza posible, que consistió en algunas patatas, algunos plátanos y raíces de mandioca, que era su sustento ordinario, sin haber probado más

carne, vino, pan y sal durante dos años, a no ser alguna vez un poco de caza que los indios les ofrecían de limosna. (Varones Ilustres, citado en el Prólogo de la Conquista Espiritual, p. 9; — Ibia, 14).

9. San Francisco Javier (1622)

Durante algunos años los 4 misioneros estuvieron entregados a sí mismos, hasta que, con la pérdida del P. Urtasún, quedaron reducidos a tres. De esta manera, no les fué posible extender el radio de su actividad. Con todo ya fueron explorando los ánimos de los pueblos circunvecinos, preparándoles para cuando fuese la hora de su redención espiritual.

En Loreto y S. Ignacio ya estaban funcionando clases de leer y escribir, con centenas de alumnos. Hasta diversas industrias fueron introducidas poco a poco. Intensa y promisorio fué la atracción que experimentaban los guaireños para el cristianismo.

Por fin, en un oficio de 8 de Agosto de 1622, Don Manoel de Frias, Governador del Paraguay, autorizó a los Padres de la Compañía en el Guairá de penetrar en la Provincia de Taiaoba. (Jarque, tomo II, 75 ss.; - Cortesão, 174-175). Mientras tanto consolidábase lo que ya existía y se preparaba el terreno para la grande arremetida misionera de 1622 a 1628 bajo la sabia y segura orientación del P. Montoya, puesto al frente de la Misión en 1620.

Habiendo arribado una nueva leva de misioneros, entre ellos el esforzado P. Francisco Díaz Taño, el P. Montoya dejó a 4 Padres en Loreto y S. Ignacio, encaminándose él mismo, con otros dos, a una empresa arriesgadísima en tierra de paganos, hostiles a los blancos y al cristianismo. Y si no fuese por la intervención enérgica y oportuna de un cacique amigo, que, providencialmente, compareció allí, habrían sido devorados. Con mucha habilidad consiguieron amansar aquellas fieras humanas y lanzar las bases de la reducción de S. Francisco Javier, en la comarca de Taiatí o Ibitirimbetá. (Hernández, I, 10 y II, 10; - Jarque, tomo II, 55 ss. y 197 ss.)

Como la primitiva localidad no estuviese en buenas condiciones, los Padres pasaron todo el pueblo "a un muy alto y vistoso puesto con agua muy cerca pasando un manancial de agua por la huerta de los Padres, y leña muy a la mano y tierra muy buena para viña". (Cortesão 263, en carta del P. Ruiz de 1628).

En la última leva de misioneros vino el joven boliviano P. Cristóbal de Mendoza, varón de insigne virtud y capacidad, que vino a morir mártir de la fe, el 25 a 26 de Abril de 1635, en el Río Grande del Sur. (Ibia, 42 ss.) Tornóse el brazo derecho del P. Montoya en el Guairá.

Conociendo ambos las condiciones étnicas del indio guaraní, juntando un coraje sin par a una mansedumbre insuperable, partie-

ron Montoya y Mendoza para la provincia de Taiatí, tierra muy áspera y montañosa, infestada de paganos. Fueron a pié, por carecer toda la región de cabalgaduras, como afirma Montoya (Conquista, 85.) y ni las sierras permitirían otra locomoción. Llevaron como de costumbre un bastón de dos varas de altura (1,67m) y un dedo de grueso para, mediante esa isignia, revelar a primera vista su condición pacífica de ministros de Dios.

Esto se realizó en 1622, siendo la tercera fundación jesuítica en el Guairá. El P. Provincial, Nicolau Mastrilli Durán, que visitó esta Misión en 1626 y 27, así localiza la reducción de S. Francisco Javier, en su Anua de 12 de Noviembre de 1628 (XX, 307 y Cortesão 216).

"Visitadas las dos reducciones (Loreto y S. Ignacio) me parti para visitar la reducción de S. Francisco Javier. Dejando a mano izquierda el río Paranapanema entré por el río llamado Tivagiba; que, cuando viene estrecho, se navega bien, y cuando se desplaza, con suma dificultad, porque dan las balsas y canoas en seco, y los indios las van subiendo por encima de las peñas e fuerza de hombros, y hay pasos tan malos, que algunas veces ni en un día no se anda sinó una legua y aun a veces se hallan canales de agua tan furiosa al bajar que parece imposible poder subir las balsas, y así gastamos 15 días en 30 leguas con que llegamos al puerto, que está distante dos leguas del pueblo, que anduvimos todos a pié alegremente gozando de la vista de muchos campos muy fértiles y de los pinos de aquella tierra que se parecen algo a los de Europa. Son muy redondos, derechos, y grandes, y las ramas hacen una taza muy vistosa. Las piñas son mucho mayores que las de Europa, y no tan duras; los piñones son tan grandes como bellotas y aun más largas; son blancos y no tienen buen sabor; con todo eso se sustentan con ellos mucha parte del año y los comen cocidos y asados, y los Padres se sustentan con ellos cuando los alcanzan. En este camino me salían a recibir de trecho en trecho muchas tropas de indios, que me aliviaban el trabajo. Hallé la iglesia llena; y di mil gracias a N. Señor de ver como ovejas a tantos indios que tres años antes eran "caribes", y no se hartaban de carne humana".

Habiendo llovido un poco después, el P. Provincial, al volver, pudo hacer en tres días lo que hizo en quince al subir.

De Villa Rica distaba S. Francisco Javier menos de treinta leguas (XX, 352). Cerca comenzaba la nación de los indios llamados "Camperos" (XX, 323, 326 y Cortesão 233). Quedó allí como cura el P. Cristóbal. Como el crecimiento demográfico de S. Francisco Javier fuese muy grande, a punto de contar ya mil y quinientas familias cristianas (Montoya, 94), se pensaba en dividirla, cuando el saqueo y la destrucción practicados por los bandeirantes en Marzo de 1631 vino a frustrar ese intento.

El mapa del Estado de Paraná de 1953 da la posición cierta, al sur de Ibioporán y Jataisiño; cerca de un recodo de la ribera "Río de las Bocas" afluente del Tibagi. (Mapa de Hernández).

El día 1 de Febrero de 1952 fuimos a procurar al Dr. Hugo Cabral, ex-alcalde de Londrina y entonces Secretario de Agricultura del Paraná, en cuyas tierras presumíamos existiesen aún remanentes de S. Francisco Javier, junto a la ribera de las "Tres Bocas". Mas, nos desiludió, afirmando nunca haber visto allí resto alguno de construcción antigua, si bien que deseaba que así fuese.

10. San José (1625)

Esta reducción fué fundada en la provincia del Tucutí (Cortesão 258) en el año 1625 por el P. Montoya, con la intención de abrir un puesto de escala a medio camino entre S. Ignacio y S. Francisco Javier, en el bajo Tibagi. (XX, 321, Cortesão 229; Jarque II, 113 ss.) Es que el río, de difícil navegación, impedía la rápida comunicación entre las reducciones.

El P. Mastrilli Durán, en su paso por el Guairá en 1626 y 27, no visitó S. José ni la Encarnación porque alegaban los Padres que no valía la pena porque estaban ambas aun muy en los principios y que todos eran aún infieles, que andaban vagando, esparcidos por aquellos bosques en busca de comida en virtud del hambre reinante. (XX, 307-308) Con todo, el P. Francisco de Ortega, cura de S. José, fué a procurar al P. Provincial en S. Francisco Javier con sus indios, casi todos paganos, mas deseosos de ser cristianos. El Superior bautizó dos caciques y algunos indios de S. José. (Ibid).

Refiere Montoya (loco cit.) "buscamos un puesto y le hallamos a gusto del cacique principal al pié de un riachuelo que sale al Tibajiba, por lo cual será facil la comunicación con la reducción de S. Francisco Javier".

Se quedó con ellos el P. Simón Maseta. El inicio de S. José fué tan lento que corrió peligro de ser abandonada por los misioneros. Pero poco después tomó un empuje animador (XX, 323; — Cortesão 230). Esta reducción fué arrasada en Marzo de 1631 por mamelucos de Piratininga.

Montoya escribe en su Anua de 1628 (Cortesão 261), que en aquel año él había hecho abrir un camino muy bueno y más breve desde S. Ignacio hasta S. José, por el cual habían traído cien cabezas de vaca para S. Francisco Javier.

Guiados por las descripciones y datos arriba referidos, y por mapas antiguos, fuimos el día 31 de Enero de 1952 de Londrina a Sertanópolis (40 km) y de allí hasta el poblado de Biaci (13 km), donde nos encaminamos para las orillas del Tibagi, encima del riberón Bicua, que sospechábamos fuese el lugar de la reducción

de S. José. Apenas descubrimos una cantidad regular de cascotes de ladrillos y tejas. El mapa de Hernández acierta bien con la posición geográfica de ese lugar.

11. Encarnación (1625)

Fue fundada dos veces. Con relación a la belleza de ese lugar afirmaba Montoya que encontraron un sitio magnífico en un campo al pie de una sierra, en las tierras de Taiati, donde se desdoblaba lindo panorama de campos cercados de pinales, junto a las aguas cristalinas de un río. Era el día de S. Lorenzo, *10 de Agosto de 1625*. Echando la suerte sobre el nombre de la nueva reducción, salió tres veces el de Encarnación (XX, 333). Por ciertas conveniencias fue mudada la reducción, en 1627, para otro lugar más adecuado, distante dos días de S. Francisco Javier, conforme escribía el P. Montoya en 1628 (Cortésão 275). Pero en otro lugar se dice que Montoya y Cristóbal, saliendo de S. Javier, solo alcanzaron Encarnación en el "cuarto día". (XX, 332).

Otras particularidades sobre Encarnación nos las suministran Montoya (Cortésão 275): partiendo él, dejó al virtuoso P. Cristóbal como pastor del novel rebaño, que, día a día, aumentaba en cantidad y calidad, sin armas de fuego. (Ibía 18). Hasta entonces había sido raza muy antropófaga.

En 1628 escribía el P. Montoya: "El año pasado se mudó el pueblo a otro puesto. Estoy esperando al P. Pedro de Espinosa, para entregarle esta reducción porque venía el Padre revelando sus grandes cualidades. Estuvo hasta ahora en la Encarnación para ayudar a mudar el pueblo a un sitio muy alabado por los indios, donde ellos tienen sus fincas muy cerca, con lo que creció mucho y se debe grande parte al P. Pedro, porque hizo una iglesia tosca de "alfarda" (vigas entrelazadas)... Como los indios nunca vieron cosa parecida, quedaron contentísimos y cobraron amor a su pueblo... Es la tierra muy fértil y maravillosa, y el P. Pedro asentó una hermosa huerta y con la diligencia del P. Cristóbal cada día se van reduciendo más indios, de suerte que ya tendrá más de 500 familias, y espero llegará en breve a 800". (XX, 335-336).

Dato precioso nos suministra la Carta Anua del P. Nicolás Mastrelli Durán (XX, 336) "Desde esta reducción de la Encarnación se comienzan a extender muy dilatados campos que dan nombre a los muchos indios que los habitan, y se llaman "Camperos", a distinción de las demás naciones que viven todas en los montes y ríos; los mismos se llaman también "Cabelludos" porque traen tendido el cabello tan crecido que les cubre los hombros, solo cercenado por toda la frente hasta las orejas. Dícense por otro nombre "Coronados",

por que aun las mujeres y niños usan abrirse las coronas como de frayles". (XX, 336).

La tierra era tan fértil que en el año 1628 cogieron variadas hortalizas como coles, rábanos, perejil, zanahorias, ajos, cebollas, y otras mil cosas, con un gran maizal y fríjolas". Dada la fertilidad del suelo y bondad del clima, se animaron a plantar una grande viña con tres mil mudas. Mas sobreviniendo al año siguiente de 1629 el abandono forzado de la reducción ante la investida paulista, no llegó hasta nosotros el resultado de ese primer ensayo. Como quiera que sea, los Padres consiguieron remediar el hambre que reinaba antes. (Cortésão, 275-276).

Declara después el minucioso Montoya: "Tratan de hacer una nueva reducción, pues hay mucha gente por allí, y entiendo que será necesario hacer luego dos, si bien que para la segunda faltará padre... Y porque Nuestro Señor nos descubrió unas salinas, dos días de camino de esa reducción, será preciso poner en ellas un pueblo de indios para que haya allí provisión de alimento, etc. a fin de poder hacer cantidad para todas las reducciones. Ha sido gran ventura y merced del Señor, porque el trabajo de traer la sal del Paraguay es muy grande, y apenas llega acá la mitad... De otras salinas hay noticias que están cerca de la reducción de los Angeles, y como los indios no la saben beneficiar no han hecho caso de ellas... (Cortésão 279).

Todos los mapas del Paraná (el de 1922, 48, 53) bien como el de Hernández, determinan con precisión unánime la posición de Encarnación en el actual municipio de Tibagi, entre Ortigueira y Curiuva, en la margen izquierda del alto Tibagi, un poco más abajo de la embocadura del ribero denominado "Río de la Barra Grande".

12. San Pablo de Iñeay (o Iniay) (1627)

El P. Montoya localiza así esta reducción: "Está a dos días de Encarnación y otros dos de los Angeles y ha de ser muy buena reducción porque hay mucha gente en su comarca". De Santo Tomé dista un día y poco más. (Cortésão 282).

Fue fundada por Montoya a principios de 1627 con indios de Taiaoba, antropófagos. Fue entregada al experimentado P. Simón Maseta. Ya en el primer año de su fundación llegó a contar 400 familias, y fue siempre en aumento (Cortésão 377).

Hasta el año siguiente, 1628, padeció de parte de algunos encomenderos blancos, que, al lado de los cazadores mamelucos de S. Pablo, fueron siempre los peores enemigos de las reducciones cristianas de los Jesuitas. De eso se queja diversas veces, en términos enérgicos, el P. Montoya. (Cortésão 280-81; — Espasa, 41, 1250 ss.)

En su Anua del 13 de Agosto de 1637 informa el P. Diego de Boroa que la reducción de S. Pablo fuera fundada por el P. Cristóbal de Mendoza, lo que ciertamente es un lapso de la memoria (XX, 570) en oposición a lo que escribiera a 12 de Noviembre en su Anua el P. Durán (XX, 351). Allí mismo se dice que S. Pablo de Iñeay quedaba un día de camino de Tayaoba (Arcángeles), más para las bandas de Villa Rica, teniendo como fundador al P. Montoya a principios de 27, con el P. Maseta que allí quedó de cura. . . De las tierras de Taioba se redujeron a este pueblo 27 caciques de los más valientes que para cualquier alvorozo se desmandaban y nos daban trabajo. Tiene ahora 400 familias. (XX, 351; — Cortesão 255).

Quedaba situada junto al río Iñeay o Ineay, así denominado por los innumerables peces que cría (Pastells, I, 227).

A mediados de 1629 S. Pablo fué abandonada en fuga precipitada delante el furor destructor de los paulistas. Muchos cayeron en las manos de los cazadores, siendo llevados cautivos a Piratinga.

Como ven los lectores, por la escasez de mayores informes, no es fácil localizar hoy con precisión el lugar exacto de la reducción de S. Pablo. Y como probablemente no dejó ruinas de importancia por haber existido apenas un poco más de dos años, se torna difícil la determinación del lugar de su existencia. Ningún mapa moderno del Paraná la determina. Sólomente el mapa de Hernández la sitúa en la margen derecha del alto Ivay, junto a la ría del Iñeay (río de los peces), nombres que hoy desaparecieron de la cartografía paranaense.

13. Los Sietes Arcángeles o Ángeles de Taioba (1625 o 1627)

La fundación de esta reducción debe haber sido iniciada a fines de 1625, como se deduce de una carta del P. Montoya al P. Provincial Durán. (XX, 344-45) Sin embargo la fundación definitiva data del 7 de Agosto de 1627 después de dos tentativas frustradas anteriormente. (XX, 242; Cortesão 282).

Traía consigo el P. Montoya una imagen de los Siete Arcángeles, pintada por el Hermano jesuíta Luis Berger, notable pintor francés. (Jaeger, Três Mártires Rio-Grandenses, 145, nota 3). Deriva este nombre del agradecimiento por las mercedes que en sus caminatas recibió Montoya por la intervención de esos espíritus angélicos, que fueron singulares. (Montoya, Conquista, 276; XX, 339 y 346; Cortesão 244).

Era esa la tierra del gran Tayaoba, cacique de los principales del Guairá, tierra de antropófagos, gente muy belicosa, terror de los españoles, que pretendieron comerse al propio misionero

P. Antonio (XX, 339). Era posible viajar desde los Siete Arcángeles hasta la Villa Rica por tierra y por el río. (Cortesão 290).

Fué fundada esta reducción después de la de S. Pablo y se hallaba a dos días por tierra de esa reducción, o por el río, con rodeos, de seis a ocho días.

Otro dato geográfico: Subiendo Montoya el río (Alto Avay), dice que hizo el último trecho por tierra para evitar el salto del mismo río (quizás el Salto Grande? hay varios en ese río). Y continúa "Llegamos a un campo donde hay memoria y rastros de haber pasado gente del Brasil, cuando al principio se pobló el Paraguai. Escogile para fundación del pueblo por ser muy alto y cercado de arroyos, y por abajo le baña el río Huibay. . . Comenzamos el pueblo plantando una muy hermosa cruz de 7 brazos de altura y se hallaron a levantarla más de 300 indios. "(XX, 342) Costó una lucha sangrienta establecerse allí contra los hechiceros. (XX, 343; Cortesão 247) Era tierra muy fértil, con buenas haciendas. (Cortesão 289). Construyeron una iglesia de 80 piés de larga (cerca de 23m.) (XX, 347) También levantaron casa para los misioneros (Cortesão, 342).

Esa reducción distaba de Jesus María dos leguas españolas o a lo máximo tres (entre 14 a 17 Kms) estando en medio la reducción de Santo Tomé. (Cortesão 301).

Los tres mapas modernos del Paraná fijan la localización de Siete Arcángeles en la margen derecha del alto Corumbataí, afluente del Ivaí. Concuerda con las descripciones arriba relatadas.

14. Santo Tomé (1628)

Fué fundada por Montoya en 1628, distante de la reducción de los Siete Arcángeles una legua, quedando separada de ella por el río Ivaí. (Cortesão 300).

Otra versión dice que tuvo por fundador al P. Francisco Díaz Taño (Pastells, I, 429; — Jarque II, 325 ss.) junto al Barinbataí, afluente del Ivaí.

De la reducción de S. Pablo distaba, más o menos, un día de camino. Fué evacuada en rápida fuga a principios de 1629; después fué destruida por los bandeirantes.

Los mapas paranaenses todos sitúan las ruinas en la confluencia del Río Faxinal en el Corumbataí, en el municipio de Pitanga. Siendo de una existencia tan efímera no dejó mucha historia.

15. Jesús Maria (1628)

Fué fundada por Montoya, o mejor, por orden de éste, por el P. Maseta, en 1628, en las sierras donde se estacionaba el poderoso

cacique y hechicero Guiravera. (Hernández, I, 10; — Jarque II, 333 ss.). Era este un sujeto peligrosísimo que hizo todo para impedir o a lo menos arruinar la incipiente reducción. Quiso Dios que cayese en las garras de los mamelucos en ataque realizado por éstos en contra de Jesús María a 20 de Marzo de 1629, cuyo caudillo era Manuel Morato, que le llevó 1500 cautivos. (Cortesão 317; — Jarque III, 41 ss.). Los Padres Maseta y Justo Mansilla siguieron llorosos el comboy de éstos y de muchos prisioneros hasta S. Pablo, practicando los más eximios actos de humanidad y caridad cristiana. Entre los pocos prisioneros que consiguieron libertar los Padres figuró Guivarera. Tan emocionado quedó él con la bondad de esos sacerdotes, a los cuales en otra ocasión había querido comerlos, que de Saulo se convirtió en Pablo. (Pastells, I, 227-231).

Jesús María estaba localizada en la tierra de los taitobas (Cortesão 316) y distaba de los Arcángeles dos leguas y media, a lo sumo tres (14 a 17 km.) quedando en medio de las dos reducciones la de Santo Tomé. Era un campo circundado de bosques, junto a un monte muy alto, donde se avistaban las humaredas de la reducción de Santo Tomé y de los Arcángeles y presentaba una linda vista panorámica de los campos y bosques de los alrededores. (Cortesão 303). Iba todo tan bien que cerca de cinco mil indios paganos de la comarca ya estaban dispuestos a convertirse cuando cayó sobre ellos la invasión de los paulistas que llevaron todo a hierro y fuego. Portanto, las ruinas de Jesús María designadas en el bajo Ivaí, en los mapas de 1922, 48, 53 no pueden ser las de Jesús María de la era Jesuítica. (Jarque III, 109 ss.).

Con esta nuestra afirmación combinan las cartas geográficas elaboradas por Hernández y Pastells (I, antes de la pag. 1) y reproducidas por Guilherme Furlong, S. J. en su famosa "Cartografía Jesuítica del Río de la Plata", mapa 32, Buenos Aires, 1936).

16. San Miguel (1626)

De esta reducción apenas nos dejaron los viejos misioneros las siguientes informaciones: Que fué fundada por Montoya y Mendoza en 1626 en Ibitiruzú o Ibianguí o Ibitiruna (Hernández, I, 10), en el país de los Coronados, junto al monte Ibitirussú (= serranía) o Ybian-guy (= cuesta del cerro) (Cardozo 93; — Pastells I, 438-39). Distaba una jornada de la reducción de Santo Antonio. Debe quedar en las fuentes del Tibagi. Fué agredida y arrasada por los bandeirantes en 23 de Marzo de 1629 (Taunay, II, 77-84).

17. San Antonio (1627)

Debe su origen al incansable Montoya, en 1627, en el Ibiticoy.

donde se le agregaron los indios camperos. (Hernández, I, 10; Pastells, I, 429).

Distaba una jornada de S. Miguel. Quedaba para los lados del campo, cerca de Iguasú. (Cortesão 300). Fué atendida espiritualmente por el P. Moia (Cardozo 93). La atacó e incendió Antonio Raposo Tavares a 30 de Enero de 1629, llevando de allí dos mil piezas y toda la población. (Cortesão 315-316; Jarque III, 25 ss.).

18. Concepción de los Gualachos, o Concepción de Nuestra Señora de los Guañanos (1627)

Comenzáronla en 1627 los Padres Montoya y Díaz Taño en la comarca de los Gualachos o Gualacos o Guaianases, al sur de la Provincia, en los dominios del cacique Co-ên (Cardozo 93). Quedó de cura el P. Díaz Taño, substituido más tarde por el P. Diego de Salazar. Era de una lengua diferente del guaraní, aunque no difícil para quien supiese el guaraní. Gracias a un indio guaraní tullido, que desde largos años se vió forzado a morar con los gualachos, el padre halló un buen maestro, que le enseñó el gualacho. El P. Salazar compuso las oraciones y el catecismo en ese idioma, que los aborígenes gualachos aprendieron rápidamente, viniendo a cantar y a rezar todos los días, sobre todo los niños, las oraciones y el catecismo.

Era una raza muy aguerrida, de tipo alto, de tez blanca, y todos andaban vestidos. Mas vivían entregados al vicio de la embriaguez. (Cortesão 293-294; 345-348). Hicieron iglesia espaciosa para el culto divino. Poco a poco reformaron sus costumbres.

Concepción fué aniquilada por los paulistas. (Pastells, I, 436).

19. San Pedro (1627)

Inicióla Montoya en 1627 en la misma comarca de la Concepción. (XX, 339; — Cortesão 244). Tuvo por cura al P. Taño. (Pastells, I, 429).

20. Observaciones

I. Ningun mapa del Paraná moderno consigna estas tres últimas reducciones jesuíticas, probablemente por el motivo obvio de no haber dejado vestigios que resistiesen la acción destructora de tres siglos. Como se vió, eran todas de fundación reciente cuando fueron destruidas y abandonadas para siempre, no teniendo aún construcciones sólidas.

II. En el modernísimo mapa de Paraná, de 1953, una mano amiga que me lo remitió, insertó, en el municipio de Pitanga, al

Norte de la sierra de la Pitanga, como "Reducción Jesuítica", una localidad a la que denomina "Tambo".

Debemos observar que semejante designación, a primera vista, no trae la nota característica de provenir de misioneros de la Compañía de Jesús, que, sin excepción, daban nombre cristiano a todas las reducciones. Sin embargo en la documentación publicada por Jaime Cortesão, en su interesante obra "Jesuitas e Bandeirantes no Guairá, 1594-1640", aparece, sí, tres veces la palabra "Tambo", mas con esta nota del P. Montoya: "Acompañóme siempre el capitán Jerónimo Merino, Teniente del "Tambo" que aqui está en las minas de hierro... (p. 294); — firma su carta así: "de este "Tambo" de Cuaracibere y minas del hierro y julio 2 de 1628, (p. 298); "Esta reducción está junto al "Tambo" adonde los españoles cultivan el hierro". (351). Tal vez estuviese por allí la reducción de Nuestra Señora de la Concepción de los Gualachos. (Cortesão 345).

III. Todavía hay algunas menciones de otras reducciones hechas por los jesuitas seiscentistas en el Paraná. Mas no figuran propiamente en el complejo de las trece reducciones del Guairá, quizá por el motivo de no estar sujetas a la jurisdicción inmediata del Superior de ellas, o porque eran atendidas por los misioneros de la región de Misiones, actual territorio de Argentina. Eran sobre todo Santa María del Iguasú y Santiago de los Gualachos.

Santa María del Iguasú fué fundada en 1626 por el P. Diego de Boroa, juntamente con el P. Claudio Ruyer, después de tentativas frustradas. En la Anua de 12 de Noviembre de 1628 da el P. Durán los siguientes pormenores (XX, 276): Navegando de la reducción del Corpus (Territorio de Misiones)... por el Paraná arriba, a 30 leguas se ve desaguar en él, otro río caudaloso, que llaman los naturales Iguasú, que suena en nuestra lengua "río grande", el cual no se puede navegar continuadamente más de 4 leguas porque lo impide un salto que hace el mismo río, despeñándose muy profundo con tanta furia y ruido que atemoriza a los que se le acercan y resulta una perpetua nube de rocío que se ve más de 4 leguas; por lo cual, dándole lado se camina por tierra una legua, y navegando otras tres por el mismo río, se encuentra la reducción de N. Señora del Iguasú, sentada en un alto muy elevado y ayroso y puesto muy sano. Báñale por en frente un hermoso tablón de agua (ensenada) de más de una legua de largo; goza, buen trecho del campo, muy descubierta y patente al sol, luego en saliendo, que, desvaneciéndose con sus rayos los vapores del río y de un pantano, le cae allí cerca que hacen el temple del pueblo muy saludable y apacible. Las tierras vecinas son todas de montes cerrados con pocas manchas pequeñas de campo, que les proveen de alguna paja para cubrir las chozuelas, pero no bastante para criarse ganado, del cual forzosamente carecen, como el río de pescado que le defiende

la entrada el salto ya dicho. Sólo hay abundancia de caracoles, y con estos y los pocos frutos de la tierra se sustentan los Padres y los indios. Son de grande estatutra estos indios y bien proporcionados, de fuerzas robustas, de natural docil y blando y de buena disposición para el santo Evangelio... Están los Padres encerrados entre ellos como en un castillo, y no pueden tener en ninguna manera ayuda de otras reducciones si quisieran los indios desmandarse con ellos. (XX, 276-77)... Pasé después nuestro rancho al cerro donde ahora está fundada la reducción por no haberme contentado el primer sitio... (XX, 279). Y concluye Boroa, en carta al P. Provincial, que ya al año siguiente (1627) cuando la visita del Provincial, ya llegaba el número a seiscientas familias reducidas, en menos de 8 meses. (XX, 282). Construyeron una iglesia, donde había buena música enseñada por el P. Claudio Ruyer. (XX, 283). Quedóse con ellos el P. Boroa hasta principios de 1627 cuando partió dejando allí solito entre lágrimas de todo el pueblo al P. Claudio. (XX, 286; — Colección de Ángelis, Rio, I, 29-7-17, p. 1-4).

Otra localidad mencionada en los documentos jesuíticos fué la reducción de Santiago de los Gualachos, que quedaba a cuatro días desde Arcángeles para el Sur, en los campos de los gualachos, con lengua diversa de los demás habitantes del Guairá. Fundó entre ellos una reducción el P. Montoya que se hizo muy querido por ellos. Díóles por patrón al apóstol Santiago. (XX, 351; Cortesão 255-56).

21. Residencia de Villa Rica del Espíritu Santo

En el tiempo de los Padres Ortega y Filds, la Compañía possuía una casa e iglesia en esta Villa. Cuando se ausentaron los misioneros, ambas se arruinaron.

Mientras tanto, después de la vuelta de los Jesuítas en 1610, sólo de vez en cuando aparecían en Villa Rica para predicar al pueblo y administrar los sacramentos a unos 200 españoles. Como estos fuesen "encomenderos" y los Padres se oponían siempre a las encomiendas, movieron terrible guerra y persecución contra los Jesuítas. Entre tanto, a instancias de los elementos buenos, fijaron nuevamente residencia en la Villa Rica con el P. Cataldino de Superior.

Dice el P. Mastrilli Durán en su citada Carta Anua: "La razón más eficaz que me obligó a fundar aquella residencia, es ver que los Padres de las Misiones (del Guairá) están en medio de muchísimos indios, los más de ellos infieles, con evidente riesgo de la vida, porque de su natural son noveleros y mudables, y si no tienen algún temor a los españoles, con facilidad podrán matar a todos los Padres, como es ordinario lenguaje de los hechiceros que los go-

biernan. Y sabiendo que los Padres tienen las espaldas seguras, habiendo en la Villa quien los comunique y a los españoles y tenga ganados no se atreverán los indios a desmandarse". (XX, 352-355); — Cortesão 256,257).

22. Epílogo

Escribe Montoya (Conquista, 274) que, hasta el año 1626, ya estaban registrados en los libros que pudieron salvar de los incendios en la destrucción del Guairá, 94.990 almas. Habiendo en los cinco años subsiguientes nuevas fundaciones y incremento en lo que ya existía, y yendo todo en la más optimista de las prosperidades, no cabe duda que el número de los cristianos guaireños ultrapasó en mucho los cien mil. (Ver Jarque III, 201 ss.).

Y si la Compañía no hubiese sido impedida en su grandiosa obra de cristianización del Guairá por esos insaciables cazadores de amerindios anidados en San Pablo, y los egoistas encomenderos españoles, ya en el siglo 17 el actual Estado del Paraná habría sido transformado en un vergel el más mimoso del Continente Sur-Americano, dadas las disposiciones favorables del indio guaraní para la cultura.

En este trabajo, sin embargo, nos abstenemos de dar nuestro parecer sobre el aniquilamiento de esa obra religiosa y civilizadora, reservándola para el volumen dedicado especialmente a esa historia.

Summary

During the first quarter of the 17th century the Spanish jesuits possessed thirteen flourishing Indian settlements, called Reduucciones, in Guairá, a territory of the actual Brazilian state Paraná. Everything was progressing promisingly, as unexpectedly the Indian hunters of São Paulo, the Bandeirantes, assaulted them, in order to capture their men and boys and sell them as slaves. The Indians had learned something about farming and cattle raising. So they were worth more on the slave market. The Indians that resisted were simply killed and almost all the villages were set on fire. Only the population of Loreto and San Ignacio on the Paranapanema river managed to escape through flight over the Paranapanema and Paraná rivers.

The author, having at hand the old descriptions, decided in 1952 to locate geographically the thirteen Reduucciones. With some he succeeded. With others he had to delay the search, either because the historical informations were too vague or because the settlements are even today situated in the deep jungle and can be reached only with the help of experts and of proper equipment. With all this the present article deals extensively.

ZUSAMMENFASSUNG

Im ersten Drittel des 17. Jahrhunderts besaßen die spanischen Jesuiten in Guairá, dem heutigen brasilianischen Staate Paraná, 13 blühende christliche Indianerniederlassungen, Reduucciones genannt. Als sich alles in verheißungsvollem Aufstieg befand, brachen unerwartet die

Bandeirantes (Indianerjäger) von São Paulo ein, um die Männer und Juenglinge der Wilden einzufangen, um sie als Sklaven zu verkaufen. Da sie bereits die Grundlagen des Ackerbaues und der Viehzucht kannten, besaßen sie einen grösseren Wert auf dem Sklavenmarkt. Wer sich nicht freiwillig ergab, wurde ohne weiteres niedergemacht und fast alle Ortschaften in Brand gesteckt. Nur den Bewohnern von Loreto und San Ignacio, am Ufer des Paranapanema gelegen, gelang es noch, in letzter Stunde, durch die Flucht auf dem Paranapanema und Paraná zu entkommen.

Verfasser, gestuetzt auf die alten Beschreibungen, entschloss sich im Jahre 1952, die geographische Lage der 13 Reduucciones festzulegen. Bei einigen ist es ihm auch gelungen. Bei den uebrigen musste er vorlaeffig darauf verzichten, entweder weil die geschichtlichen Angaben zu unklar waren, oder auch weil die betreffenden Ortschaften sich in heute noch schwer zugaenglicher Wildnis befinden, wohin man nur mit tuechtigen Fuehrern und guter Ausruestung vorzudringen vermag. Darueber berichtet ausfuehrlich die vorliegende Arbeit.